

A la sombra del curubo

José Vicente Barreto R.* |

* Director del Área de Ciencias Jurídicas de la Facultad de Ciencias Empresariales, Jurídicas y de Comunicación Estratégica. de la Universidad Central. Abogado especializado en derecho internacional público en la Universidad La Sorbona - París II, y en derecho penal y criminología en la Universidad La Sapienza de Roma.
Correo: jbarretor@ucentral.edu.co

● ¡¡Estamos de fiesta!!! Sesenta años de actividades de esta institución de educación superior, aportando al desarrollo de nuestra sociedad, en medio de la crisis que golpea el sector, son un logro. Muchos temas se podrían tratar con motivo de esta especial celebración: acreditación de alta calidad institucional, nuevo campus polifuncional y de elegante diseño arquitectónico, nuevos programas de pregrado y posgrado presenciales y virtuales, proceso de reforma académica acompasado con las demandas profesionales actualizadas y por venir, primera mujer rectora de la institución, la obra literaria y pictórica del Dr. Fernando Sánchez Torres, insigne miembro del Consejo Superior de nuestra *alma mater*, la recuperación e inauguración del Teatro Faenza, el Teatro de la Paz, en fin...

Desde sus orígenes modestos pero ambiciosos, en el barrio Santafé, la Universidad Central comenzó con la carrera de Contaduría que tantos éxitos ha logrado, incluido el primer contador general de la Nación; luego vinieron otros pregrados y posgrados con acreditación de calidad y con premios y reconocimientos nacionales e internacionales, como el premio internacional *Caracol de Plata*, obtenido seis veces por la carrera de Publicidad, entre otros.

Recién vinculado como docente de cátedra al entonces Departamento de Derecho y Ciencias Políticas, no solo asistí a la transformación de nuestro logo, que pasó del águila bicéfala a la nativa y vital flor de curubo, sino también a una de las conferencias magistrales en las que el rector Guillermo Páramo Rocha ponía a pensar a la audiencia; allí recordó, entre otras cosas, nuestro empeño por una educación de calidad para estratos 2, 3 y 4. Comprendí la importancia de esta misión y sentí estar colocando mi granito de arena para la construcción de un país más incluyente. Después tendría el honor de recibir el encargo

del Consejo Superior y su presidente de entonces, el Dr. Jaime Arias Ramírez, de liderar el equipo para la creación del pregrado en Derecho que, con el apoyo de la Dra. Carolina Ortégón Plazas, entonces coordinadora académica de Derecho y hoy secretaria general y de asuntos jurídicos de la Universidad, se concretó en el año 2013.

Con ocasión de esta especial celebración, quisiera resaltar un aspecto particular de nuestra historia universitaria, de nuestros sesenta años *de lucha y sapiencia*, como dice nuestro himno institucional. En efecto, la Universidad Central siempre ha mostrado preocupación por sus estudiantes, docentes, funcionarios y personal administrativo, pero quisiera resaltar ciertos hechos que, a la sombra del curubo, también son resultados que contribuyen al fortalecimiento de nuestros valores institucionales.

Acontece que la Universidad Central ha cumplido con su labor educadora como una institución de alta calidad, incluyendo varios tipos de programas de apoyo económico, los cuales benefician a estudiantes, egresados, funcionarios y sus grupos familiares, principalmente descuentos en los valores de matrícula. Un apoyo especial es concedido a través del Comité de Becas para personas en condiciones de vulnerabilidad.

De los beneficiarios de este programa quisiera recordar a un grupo en especial: se trata de las personas encargadas de servicios generales, que también son indispensables, pues mantienen nuestros espacios funcionales, ordenados, aseados y nos brindan el tintico o la aromática que siempre son bienvenidos; señoras silenciosas, serviciales y amables que nos atienden con esmero en medio de reuniones cuyas discusiones y decisiones marcan derroteros para la Universidad; sus esfuerzos son importantes y sus sueños también cuentan. Con su trabajo, ellas han logrado su sustento, pero también apoyar a sus hogares y convertir sueños en realidad, pues, con una familia a cuestas, lucharon por un futuro mejor para sus retoños. Estas trabajadoras golpearon puertas, hicieron solicitudes y lo han logrado, siendo artífices y testigos del progreso académico de sus hijos, quienes muy responsablemente concluían su bachillerato y pensaron en un sueño en principio inalcanzable: ¡el hijo de la señora del aseo entra a la Universidad!

Por eso quise conversar con algunas de estas personas y hacerlas también partícipes de la celebración.

María Yaneth Lizcano Oviedo, nacida en El Guamo (Tolima), solo pudo estudiar hasta quinto de primaria y luego, en la flor de su juventud, tuvo que salir a buscarse el sustento. Ella recuerda que hace 28 años estaba sin trabajo y un conocido le dijo que en la Universidad Central había posibilidades laborales para hacer el aseo, que hablara con la jefa de servicios administrativos, la Dra. Myriam León. Ella la recibió y le solicitó la hoja de vida que Yaneth se apresuró a entregar. La Dra. Myriam la entrevistó y al siguiente día empezó a trabajar; hoy continúa vinculada a la institución.

Yaneth tiene dos hijas mujeres; su hija menor tenía siete años cuando la desgracia se cruzó en el camino y Yaneth quedó viuda, con dos hijas menores de edad e ingresos limitados. Su preocupación por la situación fue grande, pero su decisión fue mantener a sus hijas estudiando “a como diera lugar”. La menor terminó grado once y mostró interés por hacer una carrera. Le dijo que le gustaría estudiar Derecho. Esta mujer, cabeza de familia, como muchas, analizó su situación económica y las escasas posibilidades de pagar una matrícula universitaria.

Cuenta que un día se quedó pensando que trabajaba en una universidad y una universidad sería, y consideró que sería muy bueno que su hija lograra entrar aquí a estudiar, pero el tema económico le seguía quitando el sueño. Decidió entonces hablar con el vicerrector administrativo de aquel entonces, el Dr. Nelson Gnecco, a quien le contó los sueños de su hija por estudiar Derecho y sus dificultades económicas. Narra Yaneth que el vicerrector le dijo: “Pásame una carta solicitando apoyo financiero y veremos qué se puede hacer”. Solicitó ayuda a compañeros de la Universidad y recuerda que Claudia Jiménez le ayudó a redactar la carta que entregó, quedando a la espera de la decisión. Posteriormente, el vicerrector la llamó y le dijo que la Universidad Central la apoyaba con el 70 % del valor de la carrera. ¿Y el resto? La Universidad se lo prestó. Así, con su salario pagaba las cuotas mensuales.

Con tanta dificultad, pero con tanto empeño, su hija comenzó a estudiar, pero entendió pronto la situación y mientras estudiaba

“consiguió un trabajito; le pagaban el mínimo y ayudaba para el pago de las cuotas”. Nuestra estudiante aprovechó su formación y con su esfuerzo logró el reconocimiento de los docentes de la carrera, que concluyó exitosamente. Hizo su judicatura en una oficina de abogados, se graduó y con su experiencia laboral se presentó a la Superintendencia de Industria y Comercio, donde actualmente está trabajando. En sus planes está hacer estudios de posgrado en derecho comercial.

Probablemente Yaneth seguirá teniendo algunas dificultades económicas, pero también sabe, por experiencia propia, que los sueños pueden hacerse realidad cuando la voluntad, el esfuerzo y la solidaridad los acompañan.

Flor Sanabria Castro, por su parte, nació en San Juan de Rioseco (Cundinamarca), estudió en el pueblo hasta segundo de bachillerato y, buscando oportunidades, se trasladó a Bogotá; comenzó su trabajo en la Central en 1995 en servicios administrativos, en el área de aseo; de ahí fue trasladada al área de mensajería y apoyo administrativo. Tiene dos hijos, y actualmente lleva 31 años vinculada con la Universidad.

Su hijo mayor terminó bachillerato y le manifestó su interés por estudiar ingeniería de sistemas. También Flor pasó noches en vela, pensando de dónde saldría el dinero para concretar los justos sueños de su hijo, pero recapacitó y pensó que estaba trabajando en una universidad y que, como conocían su trabajo, de pronto podrían ayudarle.

“Me llené de valor —dice— y fui a hablar con el vicerrector administrativo de aquel entonces”. Cuenta que él le dijo: “Mija, con mucho gusto; entréguele los datos del muchacho a la secretaria Patricia Sánchez para que adelanten el proceso”, y así, el sueño se hizo realidad. Su hijo entró a estudiar la carrera que quería. El apoyo fue del 75 % y Flor pagaba con su sueldo el resto. Su hijo se graduó justo antes de la pandemia, hizo sus pasantías con Colsubsidio y actualmente trabaja en Wom. Ahora también es un apoyo y colabora en la casa.

Cuando a este hijo le faltaban dos semestres para concluir sus estudios, Flor entró en otra preocupación: su hija menor también se hizo bachiller y mostró interés y capacidad para seguir su formación, por eso le dijo que le gustaba la ingeniería mecánica. Nuevamente esta

madre se armó de valor y habló otra vez con el Dr. Gnecco. Él le preguntó cómo le iba a su otro hijo académicamente; ella le contó que estaba juicioso y que no había perdido ningún semestre. Afortunadamente esta familia recibió de nuevo apoyo de la Universidad y se autorizó el ingreso de su hija a la carrera de su interés. Ella se graduó, está haciendo una maestría y actualmente se desempeña en la empresa Coca-Cola y también apoya en la casa. Flor reconoce que la Universidad Central le ayudó a forjar un mejor futuro para sus hijos.

Esperanza Elena Castillo, por su parte, nació en Bogotá, en el barrio Egipto; cursó estudios hasta noveno y tuvo que salir a trabajar por la situación económica de la familia. En 1994, su hermano, que trabajaba como maestro de obra en la Universidad, le informó que había posibilidades de trabajar en la Central. Ella habló con la entonces jefa de servicios administrativos, Dra. Yolanda Vela, quien le hizo la entrevista y la remitió a Recursos Humanos. Fue aceptada y estuvo vinculada con la Universidad por 29 años hasta que solicitó retiro por pensión. Estuvo a cargo del aseo de oficinas y luego en la cafetería, prestando también servicios a varias dependencias de la Universidad.

A los cinco años de estar vinculada con la Universidad Central, Esperanza tuvo un hijo en calidad de madre soltera. Su preocupación era que su hijo se educara y tuviera un futuro mejor. Su hijo se hizo bachiller en un colegio en convenio con el Estado y le dijo que le gustaría estudiar ingeniería de sistemas. “Con mi situación económica —narra Esperanza—, le dije que comprara el formulario de la Universidad Distrital, pero él me dijo que le gustaba la Universidad Central; además, cuando niño, ya había frecuentado el jardín de la Universidad”. Recuerda Esperanza:

Para mis adentros me dije: voy a ver qué puedo hacer; yo estaba prestando mis servicios en la Rectoría y era rector el Dr. Rafael Santos Calderón, y su secretaria, la señora María Cristina Charro, ante mi consulta, me dijo: “Panchita, haga una carta dirigida al rector exponiendo su situación”. Hice la carta, la entregué y el señor rector me solicitó que me dirigiera a la oficina de Apoyo Financiero para que inscribieran a mi hijo, lo cual hice

sin demora; me informaron que le otorgaban el 70 % de apoyo y que yo pagaba el resto; él prestaría apoyo con trabajo social de protocolo en los eventos de la U.

Él ya había trabajado con algunas empresas de ingenieros, se graduó en 2024 y entró a trabajar en otra compañía que hace contratos con MinCiencias, donde actualmente presta sus servicios profesionales. “Mi hijo tiene una hija y viven conmigo —cuenta Esperanza—; me da una mano en los gastos y con su apoyo pudimos comprar un apartamento”. Está analizando la posibilidad de hacer un posgrado para mejorar sus competencias.

Recordando estos hechos, Esperanza siente una gran satisfacción: “En mi trabajo limpié pisos, barrí, aseeé baños, y así, con el sudor de mi frente y con ese apoyo de la Universidad logré sacar a mi hijo adelante”.

Claudia Liliana Bernal nació en Bogotá, logró graduarse de bachiller, pero le faltaron recursos para continuar su formación de educación superior. Por necesidad, tuvo que buscar trabajo desde muy joven; es madre soltera. Entró a trabajar en 1994 a la Universidad Central, pues una de las secretarías de la Universidad le dijo que había posibilidades en servicios generales. Se presentó en Recursos Humanos, bajo la dirección de Myriam León por aquel entonces, quien le solicitó la hoja de vida, y a los ocho días ya estaba trabajando, en servicios de aseo de la 5.^a con 22. Ascendió a mensajería en 2008, donde duró 12 años; de ahí la trasladaron a control de acceso, donde actualmente se desempeña.

Asumió a cabalidad sus responsabilidades para con su hijo. “Afortunadamente salió juicioso”, narra Claudia Liliana, “terminó su bachillerato y me dijo que quería estudiar ingeniería electrónica”. Ella recuerda que le dijo: “Hijo, qué bueno, pero ¿con qué dinero?” Seguro le quitó el sueño pensar en sus limitaciones económicas, pero también pensó en las puertas que abre la educación y en la necesidad de luchar por nuestros hijos. Entonces tomó una decisión: “Hablé en la Universidad para ver si me podían dar una mano, ya que conocían mi trabajo”.

Claudia Liliana habló con la rectora, la Dra. Paula López, a quien conocía desde que era profesora del pregrado de Administración de Empresas. “La rectora me pidió una solicitud por escrito que yo redacté como pude —cuenta Liliana—. Me hicieron una visita a la casa y después me dijeron que mi hijo podía matricularse; fue una gran noticia que me emocionó mucho”. Actualmente él continúa estudiando su carrera en la Universidad y está muy contento. Si bien no se ha graduado aún, poco a poco va realizando sus sueños y ella está muy agradecida con la institución. Su esperanza es que su hijo se gradúe y logre éxitos profesionales.

Rosa Liliana Ducuara nació en el barrio Claret de Bogotá, logró concluir bachillerato y le gustaban las actividades de apoyo a la comunidad, pero tampoco pudo continuar sus estudios por escasez de recursos. Madre de cuatro hijos, ha tenido una vida de lucha; trabajaba en casas de familia y cuenta cómo muchas veces fue maltratada por su compañero. Entró a trabajar en la Universidad Central, donde, además, se le ofreció apoyo para que denunciara los hechos, y así lo hizo; sin embargo, por su situación, perdió la custodia de su hijo mayor.

Sin cédula, pero con la contraseña y con la necesidad siguiéndole los pasos, un día salió muy temprano de la casa, llevó la hoja de vida a la Universidad y esperó tres meses. Habló con la Dra. Yolanda Vela —jefa de servicios administrativos— y ella le dijo que estaba un poco joven para entrar a trabajar. Liliana, con un hijo y bastante necesidad, le dijo muy llanamente que ella debía buscar su sustento y el de su hijo; entonces la Dra. Yolanda le dijo que le iba a dar la oportunidad. Entró en 1995 a trabajar en servicios generales de la Universidad; duró casi 15 años en el aseo; después le dijeron que necesitaban a alguien para la Sede Norte en servicios de cafetería; la trasladaron a esa sede, donde permaneció nueve años y seis meses; luego regresó a la Sede Centro donde actualmente se encuentra prestando servicios a la Rectoría y las vicerrectorías.

“Mi segundo hijo —cuenta Liliana— se benefició del jardín de la Universidad Central hasta transición, junto con sus dos hermanos; después pasó a un colegio cercano y luego terminó bachillerato en un

colegio distrital”. Fue entonces cuando le dijo a su madre que tenía interés en la carrera de Derecho.

Por fortuna, recién habíamos inaugurado la carrera en la Universidad Central; Liliana le pasó una solicitud al entonces rector, el Dr. Rafael Santos, y él la presentó al comité de becas. “Aceptaron ayudarme con el 70 %, y para pagar el resto, yo obtenía préstamos en la Universidad y con mis cesantías completaba las cuotas. Con las uñas los saqué adelante y todavía sigo en la lucha”.

Su hijo trabajaba en los intersemestrales como jardinero, estudiaba de noche y trabajaba de día para ayudarse porque la situación no era fácil y necesitaba ingresos para pagar fotocopias y transportes. Se esforzó por mantener un buen promedio académico y así mantuvo su apoyo financiero hasta cuando se graduó. Hizo la judicatura en la Fiscalía General de la Nación y, con su tarjeta profesional en mano, trabajó en una firma de abogados por cuatro años, hizo especialización en derecho contractual en la Universidad del Rosario con un crédito del Icetex. Ya tiene un hijo de un año y sigue buscando espacios para su desempeño profesional.

Liliana agradece mucho a la Universidad porque su hijo creció a nivel personal, a nivel profesional y así va abriéndose camino en la vida. Después de una infancia difícil y de tantas lágrimas, el ejemplo de la madre sirvió para que su hijo creciera como la persona decente que hoy apoya a Liliana tanto moral como económicamente.

Hoy esos jóvenes profesionales están rompiendo barreras, luchando por abrirse camino en la vida y lo están logrando, aportando al desarrollo de nuestra sociedad. De mis averiguaciones sé que todos están empleados, y que planean continuar su formación posgradual.

Es cierto que además de las señoras de servicios generales que recordé, muchos funcionarios y empleados de la Universidad han recibido apoyo para el estudio de sus hijos, pero quería resaltar la situación de quienes, con menores ingresos, pero con justas esperanzas, si bien no lograron éxito profesional en su vida, sí pudieron colocar a sus hijos e hijas en la ruta de mejores realizaciones profesionales y personales.

Estas historias de vida reconfortan el espíritu. Apoyar a estas personas significa un reconocimiento por su labor, pues si bien ningún trabajo es deshonra, hay trabajos de trabajos. Ellas golpearon puertas y el Consejo Superior, las rectorías y vicerrectorías no hicieron oídos sordos; como abanderados de la inclusión y la misión de la Universidad, establecieron programas de apoyo, analizaron posibilidades y ayudaron en gran manera a concretar un sueño que parecía imposible de realizar. Sin lugar a dudas, este apoyo tiene importancia tanto social como educativa y humana, pues transforma historias y vidas, no solo de las personas, sino de la comunidad universitaria y de la sociedad.

Además, esta es otra evidencia de que en la Universidad Central se promueve la igualdad de oportunidades, se fortalece el tejido social por el sentido de solidaridad y se genera un impacto a largo plazo porque ayuda a romper ciclos de limitaciones económicas y a conseguir mejores oportunidades laborales, como de hecho ha sucedido y esperamos que siga sucediendo.

Quiero cerrar estas reflexiones con una mención especial al contenido de nuestro himno institucional, creado por el Dr. Pedro Medina Avendaño, jurista y poeta, ganador del concurso para el himno de Bogotá, que se estrenó en acto solemne celebrado en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán en 1974, y quien además compuso los himnos de algunos municipios de Boyacá y los de las universidades Libre, La Gran Colombia y del Colegio Mayor de Cundinamarca. Resuena en mí la tercera estrofa de nuestro himno que nunca cantamos, pero que siempre recuerdo con el coro: *“Central, eres de lucha y sapiencia... Los derechos humanos defiendes y proclamas que no hay libertad ni habrá paz donde no haya justicia y lo enseñas, porque es lo esencial”*.

Mis votos porque nuestra Universidad cumpla muchos años más, realizando su labor a pesar de las dificultades y los tiempos cambiantes, que siempre son retos y oportunidades. Como lo recuerda constantemente nuestra rectora, la nuestra es una labor centrada en las personas. Un abrazo caluroso a toda la comunidad unicentralista de ayer, de hoy y de mañana. ○